



ALEXANDER SPATARI (GETTY IMAGES)

Del colapso a la esperanza: la revolución del 'solarpunk'

Este género literario y movimiento social propone soluciones tecnológicas e imaginativas para convivir en paz con la naturaleza

Miguel Ángel García Vega

La escritora británica Anna Kavan (1901-1968) lanzó en 1967 su última novela, titulada *Ice* (*Hielo*, publicada en español por la editorial Trotalibros en 2021). El planeta es un mundo gélido donde la protagonista cree que “pronto solo habrá hielo, nieve, quietud, muerte; no más violencia, ni guerra ni víctimas; nada más que silencio helado, ausencia de vida”. El libro avanza a la deriva al igual que un iceberg y nada tiene que ver con la aridez extrema de *Mad Max*. Cada vez más las editoriales independientes

—es una tendencia que ha llegado a *The Washington Post*— están recibiendo nuevas obras que no se centran tanto en cómo sobrevivir al apocalipsis, sino en cómo convivir con la naturaleza. Este género se llama *solarpunk* e intenta reimaginar de forma radical el futuro mediante soluciones tecnológicas a los problemas medioambientales. Ciudades verdes, aviones solares, artistas que trabajan con materiales reciclados o moda biodegradable.

También es un subgénero optimista y orientado a la acción —ya sea en la ficción o en el arte— que ha evolucionado, explica Lily Bermel, investigadora visitante en el Centro Energético Global de la Universidad de Columbia, hasta convertirse en un movimiento social. La imaginación de un futuro sostenible y poscapitalista en el que la humanidad vive en paz con la naturaleza, sosteniéndose en energías verdes, la resiliencia, el compromiso ético del *hazlo tú mismo* —el archiconocido *do it yourself* estadounidense— y la esperanza frente a narrativas repletas de pesimismo y fatalidad. “La *ecoficción*,” detalla Bermel, “ya sea en forma de distopía, relato apocalíptico, historia

Barcelona ofrece 60.000 euros a las comunidades de vecinos para crear jardines en la cubierta de sus edificios

de advertencia o *solarpunk* esperanzador, puede ayudarnos a crear una nueva narrativa: una que trate sobre cómo la Tierra nos regala vida y cómo podemos recompensarla. Porque actuamos solo cuando algo nos importa”. El arranque del texto bien se podría resumir en la cita del autor de ciencia ficción ciberpunk William Gibson: “El futuro ya está aquí: solo que no está distribuido equitativamente”.

Entre las iniciativas cercanas al *solarpunk* española destaca la ciudad de Barcelona. Ofrece 60.000 euros a fondo perdido a las comunidades de vecinos para crear jardines en la cubierta de los edificios, que pueden incorporar huertos urbanos, espacios verdes o paneles solares. La capital catalana destinará 240 millones a vivienda y urbanismo este año. La cantidad más elevada en toda su historia.

Desplazar, no solo completar

Este es parte del territorio y la geografía europea. En enero, acorde con *The New York Times*, se vendieron siete automóviles de gasolina en toda Noruega. Texas ha batido el récord de energía solar, incluso en el gélido mes de febrero: cerca del 90% de la capacidad instalada procede de origen ecológico. Y China —que quería abanderar el espacio verde en el último lustro— ha construido más centrales de carbón que nunca. Sin embargo, en 2024, el 92,5% de toda la nueva capacidad de generación eléctrica instalada en el planeta fue de origen renovable. Y se espera que este porcentaje aumente.

De momento, la energía verde ha servido, sobre todo, para completar los combustibles fósiles, más que para desplazarlos. A escala global, aunque sea lentamente, las temperaturas continúan subiendo. Pese a todo, hay algunas estrellas rutilantes en esta Vía Láctea. En la Unión Europea, los vehículos 100% eléctricos y los híbridos representaron más de la mitad de todas las ventas de 2025. Esto también sucede en lugares inesperados, como Nepal. Allí, el 76% de los coches nuevos que hallaron comprador en 2024 fueron eléctricos. Como señaló Global Energy Monitor, una ONG con base en San Francisco: “El centro de gravedad de la nueva energía limpia se ha desplazado hacia las economías emergentes y en desarrollo”.

Ajeno a la gramática y a los libros, esta es una historia de arquitectura. Y el primer gran arquitecto que llevó el jardín a la fachada de un edificio fue Norman Foster. Lady Elena Ochoa —su esposa— recuerda el trabajo del genio durante 1977 en la Torre Commerzbank (Fráncfort, Alemania), una estructura triangular definida por tres “pétalos” y un “tallo” a modo de atrio central de gran altura (259 metros). Desde esos “cielos”, jardines en espiral rodean el edificio y cambian de lado cada cuatro niveles, aportando una sensación de transparencia y ligereza.

La arquitectura tiene un encofrado muy importante en este mundo. “Me interesa el *solarpunk* no como estética

de un futuro lejano, sino como anticipación de un presente necesario”, observa Francesca Raimondi, arquitecta italiana especializada en accesibilidad y diseño universal. Ha pasado un par de años en Barcelona. “Pero en mi trabajo he intentado superar la idea de la naturaleza como simple ornamento de la arquitectura, para considerarla, en cambio, una presencia viva, parte integrante del espacio que habitamos”, comenta. “Para mí, la cuestión no es diseñar ciudades más verdes, sino imaginar una arquitectura capaz de acoger a otras especies además de la nuestra. Es ahí donde el *solarpunk* puede dejar de ser una utopía para convertirse en proyecto”, añade.

A veces, el problema es que pasa inadvertida. A mediados de agosto se supo que Studio Gan y Sauerbruch Hutton rediseñarán la German House de Nueva York, que acoge, entre otras instituciones, la Misión Permanente de Alemania ante Naciones Unidas. El edificio presenta una propuesta que representa los “valores democráticos de participación, transparencia y libertad”. Ahora que la ultraderecha neonazi Alternativa para Alemania (AfD) ha ganado en el *land* de Sajonia-Anhalt, recurrir a esos valores y a las iniciativas verdes es una declaración de principios. Girando la bola terráquea, ahora en Países Bajos, “constituye una continuación natural de un milenio de ingeniería y gestión de ecosistemas en pleno Antropoceno”, cuenta la escritora de ciencia ficción estadounidense Ruthanna Emrys Gordon. “Si bien quienes desecaron los primeros pantanos para convertirlos en tierra de cultivo no pensaban en el bienestar de otras especies, ni lo promovían; la interdependencia entre el ser humano, el agua, las aves y los árboles ha sido difícil de ignorar cuando conduce a inundaciones”, avisa. “El *solarpunk* ofrece una visión de cómo colaborar puede conducir a algo mejor”.

Con plantar árboles no basta

En el estudio RCR (Premio Pritzker de Arquitectura en 2017), radicado en Olot (Girona), no son contrarios a incorporar vegetación a la arquitectura, pero sí cuestionan en cierta medida esta tendencia a reverdecer los edificios como si colocar árboles y plantas sobre las fachadas fuera, por sí mismo, una respuesta medioambiental. “La naturaleza tiene que formar parte de una relación más profunda con el lugar. Un árbol necesita raíces, agua, tiempo y condiciones adecuadas para desarrollarse”, argumenta Andrea Buchner, su responsable de comunicación. Por resumir, “el enfoque optimista del *solarpunk* nos parece positivo. Lo que habría que preguntarse es qué recursos hay detrás de ese optimismo: qué relación establece el edificio con el suelo, el agua, la energía, el clima, los materiales, la biodiversidad y, sobre todo, con la vida de las personas”.

Imagen del complejo residencial Bosco Verticale (Bosque Vertical) en Milán.